

Espacio global y tiempo profundo.

Nuevas corrientes de la historia

Josep Fontana¹

Mientras buena parte de la actividad que se desarrolla de acuerdo con los viejos parámetros de la historia académica queda cada vez más aislada, destinada al consumo interno de la profesión, hay en la actualidad una serie de movimientos de renovación de la historia que tratan de adaptarse a las perspectivas de la sociedad actual. Esta situación se ha visto además favorecida por la inseguridad que la crisis financiera mundial ha creado entre quienes creían disponer de herramientas infalibles de previsión de la marcha de la economía, que vuelven ahora a pedir a los historiadores, como ocurrió después de la crisis de 1929, un nuevo marco de referencias que ayude a explicar satisfactoriamente lo que ha sucedido.

El rasgo que muchos de estos cambios tienen en común es el de propugnar una nueva óptica que implica la extensión del campo de análisis, pasando de los marcos nacionales cultivados tradicionalmente a ámbitos más globales en el espacio, y del momento puntual a la larga duración, en cuanto se refiere al tiempo, con la ambición de conseguir de este modo que el estudio de la historia se pueda aplicar con mayor eficacia a los problemas que del mundo actual.

¹ Catedrático emérito de la Universidad Pompeu Fabra

La reivindicación más repetida, y más elemental, es la que nos propone abandonar la limitación de trabajar en marcos “nacionales”, con el fin de abrirnos al ámbito mundial de la globalización, en un sentido muy distinto al de aquella forma de miscelánea que se llamaba tradicionalmente “historia universal”, que no solía pasar de ser una colección de historias nacionales unidas por un discurso eurocéntrico².

Los precedentes de esta evolución incluyen desde Braudel o el “sistema mundial” de Immanuel Wallerstein, esterilizado por su mecanicismo, hasta los especialistas en la historia de los “imperios comerciales” y de los intercambios entre Europa y Asia³. Ha sido, sin embargo, en las últimas décadas cuando han proliferado los grupos que proponen programas generalistas y reivindican denominaciones como las de “world history”, “global history” o “transnational history”

El más amplio y más conocido de estos grupos es probablemente el que se ha formado en torno a la World History Association, que preside en la actualidad Alfred Andrea, profesor emérito de Vermont⁴, y que se expresa a través de una revista

² Nadie ha hecho una crítica más profunda de esa “Weltgeschichte” hegeliana, “hija del imperialismo”, que Ranahit Guha en *La historia en el término de la historia universal*, Barcelona, Crítica, 2003; un libro que, sin embargo, no ha conseguido la audiencia que merece. Consideraciones interesantes pueden encontrarse también en Marshall Sahlins, *Apologies to Thucydides. Understanding history as culture and vice versa*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.

³ Documentar este punto obligaría a una enumeración demasiado extensa que puede suplirse con la excelente guía bibliográfica que Janet L. Abu-Lughod incluye en *Before European Hegemony. The World System, A.D. 1250-1350*, Nueva York, Oxford University Press, 1989, pp. 374-427, a la que habría que añadir libros posteriores como James D. Tracy, ed., *The Political Economy of Merchant Empires*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, Geoffrey G. Gunn, *First Globalization. The Eurasian Exchange, 1500-1800*, Lanham, Rowman and Littlefield, 2003 o Jack Goody, *The Eurasian Miracle*, Cambridge, Polity Press, 2010.

⁴ Un especialista en historia medieval europea que acaba de publicar una *Enciclopedia de las cruzadas*.

impresa (*Journal of World History*), otra que es accesible a través de la red (*Bulletin of World History*) y una tercera digital y de libre acceso (*World History Connected*). La asociación agrupa a un gran número de investigadores y docentes, y realiza muchas actividades: su último congreso internacional ha tenido lugar en Beijing, y el del próximo año tendrá como escenario Albuquerque.

El movimiento, que define su práctica como “macrohistoria: transregional, transnacional y transcultural”, sufre las consecuencias de un eclecticismo falto de rigor. En la lista de los libros que recomienda, en el apartado de “Conceptos y metodología”, encontramos el *Estudio de la historia* de Toynbee o *La decadencia de Occidente* de Spengler, dos ejemplos de morfologías de escasa utilidad, en especial la segunda, al lado libros más serios, como los de la “big history” a que me referiré más adelante. Por la carencia de una reflexión propia, cabe considerar la “World History” más como un amplio marco de encuentro para quienes se interesan en la renovación de la historia internacional que como una escuela.

La misma denominación de “world history” aparece reivindicada por el grupo que trabaja alrededor de Peter N. Stearns, profesor de la George Mason University, que ha publicado un manual de introducción a esta materia⁵ y que dirige en la editorial Routledge una colección de “Themes in World History”, donde se han publicado desde 2001 22 volúmenes sobre temas muy distintos, analizados desde esta perspectiva internacional, y que anuncia otros tres para los próximos meses.

⁵ Peter N. Stearns, *World History. The Basics*, Nueva York, Routledge, 2011.

Otra serie de grupos centran sus planteamientos en la globalización y reivindican la denominación de “global history”. Entre ellos está el que dirige Bruce Mazlish, profesor emérito de MIT, que se esfuerza en distinguir su propuesta de las diversas tendencias de la “World History” –McNeill, Braudel, Wallerstein y Abu-Lughod, según su propia enumeración⁶- y nos presenta su propuesta como el estudio del proceso colectivo con que numerosos participantes crean una nueva civilización⁷.

Sin ningún contacto con el grupo de Mazlish encontramos a los historiadores que Anthony G. Hopkins, autor en colaboración con P.J. Cain de una de las mejores historias del imperialismo británico y de la teoría del “gentlemanly capitalism”, reunió para su propuesta de una historia de la globalización que “promete dar nuevo vigor a la apreciación de grandes espacios del pasado y enlazar la historia al presente en formas que deberían contribuir a la discusión de cuestiones contemporáneas”⁸. Y tenemos también, sin ninguna relación con ninguno de los dos casos anteriores, el grupo que en Cambridge, bajo la dirección de Clarence-Smith y con Kenneth Pomeranz como uno de sus “editors”, publica desde 2006 un *Journal of Global History*, donde aparecen artículos que se sitúan tanto en el terreno de la “world history”, como en el de la “global history” o en el de la “transnational history”.

⁶ Bruce Mazlish, “Comparing Global History to World History”, en *Journal of Interdisciplinary History*, XXVIII (1998), nº 3, pp. 385-395.

⁷ Bruce Mazlish y Ralph Buultjens, eds., *Conceptualizing Global History*, Boulder, Westview Press, 1993; Bruce Mazlish, *The New Global History*, Nueva York, Routledge, 2006, Mazlish y Akira Iriye han publicado también un *Global History Reader* (Routledge, 2004).

⁸ A. G. Hopkins, ed., *Globalization in World History*, Londres, Pimlico, 2002, p. 36. Del propio autor *Global History: Interactions Between the Universal and the Local*, Basignstoke, Palgrave Macmillan, 2006.

Esta última modalidad, “transnational history”, se ocupa, según Ian Tyrrell “del movimiento de gentes, ideas, tecnología e instituciones a través de las fronteras nacionales”. Surgió en Estados Unidos con David Thelen y Thomas Bender, en un proyecto que comenzó con la intención de “internacionalizar la historia estadounidense”, pero que se extendió posteriormente al estudio de otros temas, como el de las diásporas, y sobre todo a los aspectos culturales. Sus cultivadores afirman que aunque está relacionada con la world history o la global history, tiene un alcance distinto, pero en el debate sobre esta cuestión publicado por *American Historical Review*⁹ Baily opinaba que las tres denominaciones le parecían difíciles de distinguir. Del avance de esta denominación puede dar idea el hecho de que, bajo la dirección de Akira Iriye y Rana Mitter, se publique por Palgrave Macmillan una colección dedicada a la Transnational History en que han aparecido ya dieciséis volúmenes.

La medida en que estas tendencias están aportando un cambio en las perspectivas tradicionales nos la muestran obras como la de Kenneth Pomeranz sobre China y Europa, donde sostiene que Europa y el Extremo Oriente estaban en situaciones semejantes de desarrollo hacia 1750¹⁰, en una línea de razonamiento semejante a lo que sostenía Paul Bairoch en sus trabajos sobre la modernidad del subdesarrollo¹¹. O los estudios de Takashi Yamashita que, examinando la lógica de un

⁹ “Conversation: On transnational history”, en *American Historical Review*, 111 (2006), nº 5, pp. 1441-1464.

¹⁰ Kenneth Pomeranz *The Great Divergence. China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

¹¹ Paul Bairoch, *Victoires et déboires. Histoire économique et sociale du monde du XVIe siècle à nos jours*, París, Gallimard, 1997, 3 vols.

sistema centrado en China, ha transformado nuestra visión del papel del Extremo oriente en el mundo en el transcurso de los siglos XVI al XX¹². En un sentido parecido están los trabajos de Victor Lieberman, que condena las “historias binarias”, basadas en la comparación directa de Oriente y Occidente, y busca las coincidencias que se dan en diversos países en los procesos de formación de estados por medio de la consolidación territorial, la centralización administrativa y la integración cultural¹³. Esta misma línea de visión comparada a gran escala de las formas de desarrollo político nos la ofrecen algunos análisis sobre imperios y naciones como el de Jane Burbank y Frederick Cooper, que nos hablan en *Imperios* acerca “del poder y las políticas de la diferencia”¹⁴.

Una revisión global no puede limitarse a la ampliación del espacio considerado, sino que necesita una renovación a fondo del tratamiento que damos al tiempo, que prioriza hoy la larga duración. Esta propuesta ha aparecido en prehistoriadores como Daniel Lord Smail, quien en *On Deep History and the Brain* se basa en evidencias del paleolítico tardío para estudiar el comercio a larga distancia de puntas de flecha y de ámbar¹⁵, o en arqueólogos como Peter S. Wells, especialista en el estudio de la época romana y postromana, que nos propone que abandonemos la dependencia del

¹² Takeshi Hamashita, *China, East Asia and the Global Economy. Regional and Historical Perspectives*, edited by Linda Grove and Mark Selden. Nueva York, Routledge, 2008. Sobre la “invención” del extremo oriente, Philippe Pelletier, *L'Extrême-Orient, L'invention d'une histoire et d'une géographie*, París, Gallimard, 2011.

¹³ Victor Lieberman, *Beyond Binary Histories: Re-imagining Eurasia to c. 1830*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1999.

¹⁴ Jane Burbank y Frederick Cooper: *Imperios*, Barcelona, Crítica, 2011.

¹⁵ Daniel Lord Smail, *On Deep History and the Brain*, Berkeley, University of California Press, 2008.

documento escrito y nos descubre, sobre la base de los hallazgos arqueológicos, una Europa con nuevas ciudades y una nueva tecnología en tiempos que tradicionalmente se consideraban como la época más oscura de la alta edad media¹⁶. Penélope Corfield, sobrina del gran historiador británico Christopher Hill, nos propone por su parte combinar las perspectivas temporales largas y cortas en un análisis de conjunto¹⁷.

Los planteamientos de la “deep history” se han extendido, dando un paso adelante, en una reciente obra colectiva, *Deep History. The Architecture of Past and Present*, compilada por el ya citado Daniel Lord Smail, profesor de historia de la Universidad de Harvard, y por Andrew Shryock, profesor de antropología de la Universidad de Michigan, con la colaboración de un equipo internacional de especialistas, que nos proponen el análisis en profundidad y a largo plazo de una serie de aspectos que no suelen aparecer en nuestros libros de historia, como la evolución del cuerpo humano, de la energía y los ecosistemas, del lenguaje, de la alimentación, del parentesco, de las migraciones o de los bienes de consumo¹⁸. Aunque no cabe olvidar que en lo que se refiere a la historia del cuerpo humano existe ya una corriente de historia antropométrica firmemente asentada, a la que recientemente se ha añadido una importante aportación, como es el libro de Floud et al. *The Changing Body*¹⁹.

¹⁶ Peter S. Wells, *Barbarians to Angels. The Dark Ages Reconsidered*, Nueva York, Norton, 2008.

¹⁷ Penelope J. Corfield, *Time and the Shape of History*, New Haven, Yale University Press, 2007.

¹⁸ Daniel Lord Smail y Andrew Shryock, eds.: *Deep History. The Architecture of Past and Present*, Berkeley, University of California Press, 2011.

¹⁹ Roderick Floud, Robert W. Fogel, Bernard Harris y Sok Chul Hong, *The Changing Body. Health, Nutrition, and Human Development in the Western World since 1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

La más interesante de estas corrientes que nos proponen una visión del tiempo a largo plazo es la de la “big history”, un término propuesto en 1990 por David Christian, que se difundió sobre todo con su libro *Mapas del tiempo*, publicado en 2004²⁰. Christian, que es un especialista en historia de Rusia, se inspiraba ante todo en la obra de los McNeill, y en especial en su síntesis de historia universal *Redes humanas*²¹, pero con la intención de ir mucho más allá. La pretensión de Christian es la de abarcar la totalidad de la evolución histórica, desde los orígenes del universo hasta los tiempos actuales, con la idea de que este tipo de observación puede permitirnos identificar procesos, temas y pautas que resultarían imperceptibles en el tiempo corto, y que pueden ayudarnos a contextualizar y dar sentido a la diversidad aparentemente caótica de las interacciones humanas, tal como lo requiere la complejidad de las realidades sociales de comienzos del siglo XXI.

Un tipo de análisis que debería facilitarnos, de paso, la tarea de hacer previsiones de futuro. Como dice en uno de sus artículos metodológicos, “Contingency, pattern and the S-curve in human history”, se trata de estudiar los detalles, los hechos puntuales, con una óptica que, sin negar la contingencia, nos permita ver las pautas que dan sentido al conjunto y nos ayude a contestar las grandes preguntas como ¿De dónde venimos? o ¿Cuál es nuestro lugar en el espacio y en el tiempo?²²

²⁰ David Christian, *Mapas del tiempo*, Barcelona, Crítica, 2005.

²¹ J.R. y William H. McNeill, *Las redes humanas. Una historia global del mundo*, Barcelona, Crítica, 2004.

²² David Christian, “Contingence, pattern, and the S-curve in human history”, en *World History*

Los cursos de “big history” que Christian comenzó a organizar en Sidney en 1989, a la vez que seguía su investigación para escribir una historia de Rusia y de Asia Central ²³, tuvieron un éxito considerable. Su programa abarcaba desde el “big bang” hasta la actualidad, y dedicaba un apartado final a los futuros posibles. Estaba concebido con un enfoque multidisciplinar, contando con la colaboración de especialistas de diversas materias, desde astrónomos y geólogos a científicos sociales. El éxito de los cursos de “big history” se ha repetido después en el caso de los que se hacen en diversas universidades de California y en la de Amsterdam, donde los dirige Fred Spier.

El holandés Fred Spier, por su parte, había comenzado estudiando bioquímica e interesándose por los problemas de la ecología; pero como no podía seguir la clase de estudios que le interesaban en las universidades holandesas, hizo un giro en su carrera investigadora y comenzó estudios de antropología cultural, que aplicaría a la investigación de una zona de los Andes del Perú, con el objeto de analizar las prácticas de trabajo, las creencias y las ideas de unas comunidades campesinas tradicionales, con la intención de sacar a la luz la racionalidad de sus prácticas y el sentido de su relación con el medio natural. En 1992, cuando había completado su proyecto de

Connected, 6, nº 3, octubre 2009. Del propio autor, además, “Afroeurasia in geological time”, en *World History Connected*, 5, nº 2, febrero de 2008 y *This Fleeting World. A Short History of Humanity*, Great Barrington, Mass., Berkshire, 2010.

²³ David Christian, *A History of Russia, Central Asia and Mongolia*, Malden, MA, Blackwell, 1998.

investigación sobre los Andes, que culminó con la publicación de dos libros²⁴, se encontró con que el fin de la guerra fría dio lugar a que desapareciera de las universidades holandesas el interés por los problemas de los países subdesarrollados, y por los de América Latina en concreto, lo que le hubiera impedido proseguir en su línea de preocupaciones, de no haberlas desplazado al terreno de la “big history”, lo que le permitió encontrar un nuevo marco para dar una salida satisfactoria a sus inquietudes, a la vez que le daba la oportunidad de organizar unos cursos que muy pronto contaron con la participación de cientos de estudiantes²⁵.

Spier, que ha recibido influencias tan diversas como las del “astrobiólogo” Eric Chaisson o la de los estudios sobre los sistemas adaptativos complejos del Santa Fe Institute, ha aportado una nueva coherencia teórica al terreno de la “big history”, centrandose en los problemas de la complejidad, y ha sido el primero que, en su libro *El lugar del hombre en el Cosmos*²⁶, ha introducido en el terreno de la historia el principio Goldilocks –un nombre poco afortunado, que procede del cuento infantil de la niña perdida en el bosque que descubre una casa en que habitan tres osos y en que todo tiene tres dimensiones distintas- que se emplea hoy en diversos campos de la

²⁴ *Religious Regimes in Peru: Religion and state development in a long-term perspective and the effects in the Andean village of Zurite*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 1994 y *San Nicolás de Zurite: Religion and daily life of a Peruvian Andean village in a changing World*, Amsterdam, VU University Press, 1995.

²⁵ Fred Spier, “The small history of the Big History course at the University of Amsterdam”, en *World History Connected*, 2, nº 2, mayo de 2005, y “Big History: The emergence of an interdisciplinary science?”, en *World History Connected*, 6, nº 3, octubre de 2009.

²⁶ Fred Spier, *El lugar del hombre en el Cosmos. La “Gran historia” y el futuro de la humanidad*, Barcelona, Crítica, 2011.

ciencia o en aspectos tan singulares como el de la minería de tierras raras, y nos propone que lo utilicemos para identificar las circunstancias que condicionan y limitan la emergencia y la continuidad de formas diversas de complejidad. Lo cual exige en el campo de la historia estar atentos al hecho de que la aparición de un nivel de complejidad exige que se den unas circunstancias necesarias, y que éstas mismas, o tal vez otras, será necesario que se mantengan para conservar su existencia.

Este concepto viene a enriquecer y desarrollar el de la llamada “path dependence” (dependencia del camino), que se aplica en economía y en otras ciencias sociales para investigar la forma en que los antecedentes, o sea la historia, influyen en los resultados del presente, incluso cuando las causas que han contribuido a crear esta “dependencia del camino” parezcan no ser relevantes en la actualidad.

En todas estas corrientes hay elementos interesantes y que conviene considerar, pero que hay que tomar con prudencia, para no dejarnos llevar al terreno de un cientifismo mecanicista, como ha ocurrido con algunas formulaciones de los teóricos de los sistemas adaptativos complejos del Santa Fe Institute, que han querido ir más allá de lo que era razonable en la aplicación a las ciencias sociales de las consecuencias que se pueden deducir de fenómenos como las reacciones BZ, que son las que se producen cuando determinadas mezclas de productos químicos experimentan una reacción oscilatoria y cambian regularmente en una secuencia que se repite, lo cual muestra que en esta mezcla caótica ha aparecido un orden de manera espontánea.

Partiendo de este fenómeno, Stuart Kauffman sostiene que el estudio de estas

reacciones puede explicar cómo se producen fenómenos tan diversos como la distribución de las franjas de las cebras, así como otros aspectos de la morfología de organismos simples y complejos. Pero una cosa es especular sobre elementos relativamente simples del mundo físico y otra muy distinta querer aplicar esta observación, como lo hace Kauffman, a fenómenos sociales como “las revoluciones y el desorden civil”. Entre otras razones porque resulta fácil comparar las formas de las franjas de las cebras, pero el primer problema que se nos presenta cuando queremos hablar de “revoluciones y desorden civil” es la dificultad de definirlos de una manera objetiva²⁷.

Los abusos del cientifismo se dan sobre todo en el campo de la historia económica, donde es habitual el uso de modelos simplistas de los que se pretende deducir conclusiones de alcance global. Las cuantificaciones en que se basan suelen ser inseguras porque, como ha dicho Tony Lawson, la naturaleza de la realidad social es tan compleja que las formas de razonamiento matemático deductivo resultan generalmente inadecuadas para describirla. Lo cual no es una crítica a la cuantificación, que no tendría sentido viniendo de un matemático, sino una exigencia de rigor en las deducciones formuladas a partir del material cuantitativo²⁸.

²⁷ Stuart Kauffman, *At Home in the Universe. The Search for Laws of Complexity*, Londres, Penguin, 1996. Una explicación accesible de lo que son las reacciones BZ se puede encontrar en Peter Coventry y Roger Highfield, *Frontiers of Complexity. The Search for Order in a Chaotic World*, Londres, Faber and Faber, 1995, pp. 175 y ss.

²⁸ Tony Lawson, “The current economic crisis: its nature and the course of academic economics”, en *Cambridge Economic Journal*, 2009, 33, pp. 759-777.

La complejidad que caracteriza los fenómenos sociales de nuestro tiempo exige que enriquezcamos el utillaje con que hacemos al pasado preguntas cuya finalidad esencial es ayudarnos a comprender el presente, pero nos obliga también, atendiendo a que los hechos que estudiamos no pueden disociarse de las peculiaridades de la naturaleza humana, a utilizar con mucha prudencia el instrumental analítico que se nos ofrece desde fuera de nuestro campo, distinguiendo lo que es útil de lo que puede llevarnos a una simplificación abusiva. Nos sirve de poco hacer extrapolaciones como las de Kauffman, mientras que la forma en que Spier nos plantea el uso del principio Goldilocks, incitándonos a explorar con detenimiento los caminos de la evolución de un fenómeno histórico, nos debe ayudar a no dejar al margen circunstancias que pudieran parecer de un interés secundario de cara al resultado final de lo que estamos buscando, pero que puede resultar que sean condiciones necesarias para la existencia misma de los hechos que queremos explicar.

Es conveniente que nos mostremos abiertos a las corrientes del pensamiento científico actual, y que no nos mantengamos al margen de las preocupaciones de los investigadores de otras disciplinas que se esfuerzan en comprender mejor las realidades sociales de nuestro tiempo, pero es necesario que participemos en el diálogo a que se nos invita sin abandonar el rigor propio del trabajo del historiador.